

de las estaciones

Debes saberlo, poeta*

Ada Aurora Sánchez

Fotografía: Rodulfo Gea / CNI-INBA

I

NOS LLENAMOS DE FLORES Y DE VERSOS en las horas que precedieron a la hora del fuego. También de abrazos y miradas dolidas, incrédulas, de preguntas necias que intentaban llegar al fondo del porqué, del cómo. De todos los caminos desde los cuales podemos pronunciar los seres humanos (ya sabes: la literatura, la cultura, la política, la lucha social, la filantropía, la educación, etcétera) arribaron para ofrecer una muestra de cariño a tu familia, esa familia que, como tú, es un árbol de profundas raíces en Colima. Estabas allí, en tu féretro, oyendo el barullo, las condolencias, las telas que se estrujaban en el contacto de unos con otros. Porque todos queríamos sentirnos cerca, tocarnos, romper el hechizo de ese momento en que creíamos desvariar por el calor de agosto. Del 6 de agosto de 2017. ¿Verdad que oías, poeta, el rumor de nuestra sangre? ¿Verdad que alcanzabas a escuchar la plegaria unánime de “Víctor, ya, levántate”?

II

Con el sabor del Víctor más Víctor, se leyeron versos tuyos. De *Fiel a la tierra*, *Micaela*, *Poemas para no dejar el cigarro* y *Bertha mira el infinito*. Tu hija Marisol, Guille Cuevas, Ángel Gaona, Jesús Adín e integrantes del taller que impartías se dieron a la tarea. En las redes sociales circularon tus versos y en espacios más secretos y menos concurridos: las casas de amigos convalecientes. ¡Qué familia más grande sostuvo tu mano en el instante definitivo en que soltabas amarras!

Sobre tu féretro, fotografías y libros; es decir, toda tu galanura junta. Y en cada retrato, en cada verso, la sonrisa franca que te hizo legendario. ¿Escribías un último poema para no morir en el derrame? Quizás sí, y hasta debiste llamarnos con alguna amorosa grosería: “Déjense de cosas, cabrones, nada es para tanto”. Lloraste acaso, también, un poco, con la ternura agradecida del abuelo que recibe a sus nietas en domingo. Y lloraste

* Texto leído en el homenaje al poeta Víctor Manuel Cárdenas el 24 de agosto de 2017 en el Teatro Hidalgo de Colima, Colima.

más al recordar el verdeazul en las pupilas de tu esposa, la biblioteca que levantaron juntos, los gladiolos blancos de tu casa materna.

Lloramos todos, Víctor, y celebramos, sin embargo, la fortuna de conocer en ti un hombre talentoso y bueno.

III

¿Cuántas veces sembraste algo por primera vez? Te ganaste el privilegio de fundar bibliotecas, revistas y colecciones de poesía. De promover un Centro de Estudios Literarios y uno más de Apoyo a la Mujer; de impulsar consejos editoriales, premios, seminarios, talleres, espacios artísticos. Es posible que las primeras crónicas de un Colima desperezándose en los ochenta las hayas escrito tú. Tú y tus pantalones de mezclilla, guayabera blanca, sombrero panameño, morral de cuero y cigarro encendido. Tú, Víctor, el historiador, el poeta traducido a varios idiomas, el poeta colimense de múltiples premios, el de la voz grave que seducía a la concurrencia cuando leía sus versos. Tú, el de tierra adentro, el de tierra afuera, el hombre puente, el que llevaba noticias de la sal a otras partes del mundo. ¿Qué te hizo falta decir, borrar, amar, querido galopante?

IV

Eras un hombre de fe, Poeta.
De fe en el milagro que las palabras producen,
en la secreta cordura que devuelven al pronunciarse.
Un hombre que aceptó las campanas de la iglesia vespertina
y a quien la lluvia premió su gesto.
Cientos de acompañantes esperaban la tormenta
habitual en otros días, pero la lluvia guardó silencio,
se quedó contenida en un sollozo.

De seis en seis, de ocho en ocho, nos paramos junto a tu féretro; vimos la última fotografía en que aparecías sonriente, con un traje rosa y una elegancia de colección. No pude mirarte a los ojos, a los vivísimos ojos, en esa imagen rodeada de flores. Se atravesaron viejas palabras de aliento, los inmerecidos elogios que alguna vez me dispensaste por un poemario que daba por desahuciado.

Como generoso encaminador de almas, obligaste a los poetas de esta ciudad a escribir más, y a no rendirse frente al olvido.

v

La iglesia de San Rafael, poeta, se desbordó en tu nombre. Al final de la ceremonia habló tu hijo Víctor Abel, te dio las gracias por ser “la parota más grande”. Marisol, tu niña, besó de nuevo tu frente al evocar la poesía que le brindaste como cobijo; y Marisol, tu esposa, incólume, ratificó lo que había dicho en la funeraria: escribiste libros en que se han quedado tus amigos y donde siempre, cómo negarlo, hay una música suave, transparente. La señora de tu corazón y cenizas leyó, por fin, el poema que le dejaste, aquel en que apuntas qué hacer en estos casos:

Por favor, amada, cuando muera,
incinérame. No permitas que los gusanos
vengan a comer lo que bebimos juntos:
Incinérame. Disculpa la petición
pero mira: cobarde, temo al tormento.

Cuando muera, me forjas en sábana,
me enciendes, me fumas. Luego
me esparces en nuestro íntimo jardín:
Seré un cigarro más en tu vida.

(Me apagas bien, amada; serás feliz.)

Luego tronaron los aplausos, se encendieron las rosas para anunciar los jirones del fuego, los peces y otras cicatrices.

A estas alturas debes saber que la prensa nacional y local lamentó tu partida, que el Instituto Nacional de Bellas Artes dio a conocer un comunicado en que reconoció el valor de tu obra y se sumó a las condolencias; lo mismo hicieron la Dirección de Literatura de la UNAM, el Gobierno del Estado de Colima, la Secretaría de Cultura y la Universidad de Colima, entre otras instituciones.

Permítenos decir, ahora, que tus semillas se han esparcido por los cuatro vientos, y que la mejor de tus terquedades, la terquedad de vivir, se ha quedado intacta, resplandeciente, en la poesía de piel y pueblo que nos legaste.

Víctor Manuel Cárdenas Morales, cumpliste, al pie de la letra, la encomienda de amar lo noble, lo bello; de luchar contra la violencia que se gesta en la entraña oscura de los días, en el ambiente feroz, impronunciable, que a veces nos rodea. 